

Sur l'idée d'une communauté de solitaires, de Pascal Quignard

Audomaro Hidalgo

PARA FORTUNA DE LOS LECTORES DE LENGUA española, Pascal Quignard ha sido traducido y está integrado ya a la realidad de nuestro ámbito literario. Para desgracia de él, ha dejado de ser un escritor invisible como él quería y se ha convertido en un autor reconocido y leído en Europa, Estados Unidos y América Latina. Como Voltaire, como Hugo, como Breton, Quignard es muchos escritores: novelista, cuentista, autor de *nouvelles*, ensayista, traductor, conferenciante. Yo diría que también es un poeta, el autor de eso que él llama el “no-género”, sólo que esta definición supone en sí misma la idea de un género literario. A mi modo de ver, lo más brillante de este escritor francés, amante de la música, es precisamente esa parte de su obra que él denomina “no-género”, cuyos títulos serían *El sexo y el espanto*, *Pequeños tratados* y *Último reino*, sólo que éste último está compuesto en realidad de nueve eruditos libros. Con todo esto, y pese a que ha sido vertido a nuestro idioma, es muy poco lo que conocemos de Pascal Quignard: no pasa un año en que no publique uno o dos libros. Contamos con muy buenas traducciones al español (por ejemplo la de Ana Becciu y Silvio Mattoni) de esa parte de su obra que, insisto, para mí es la mejor y de la que ya he citado los tres títulos.

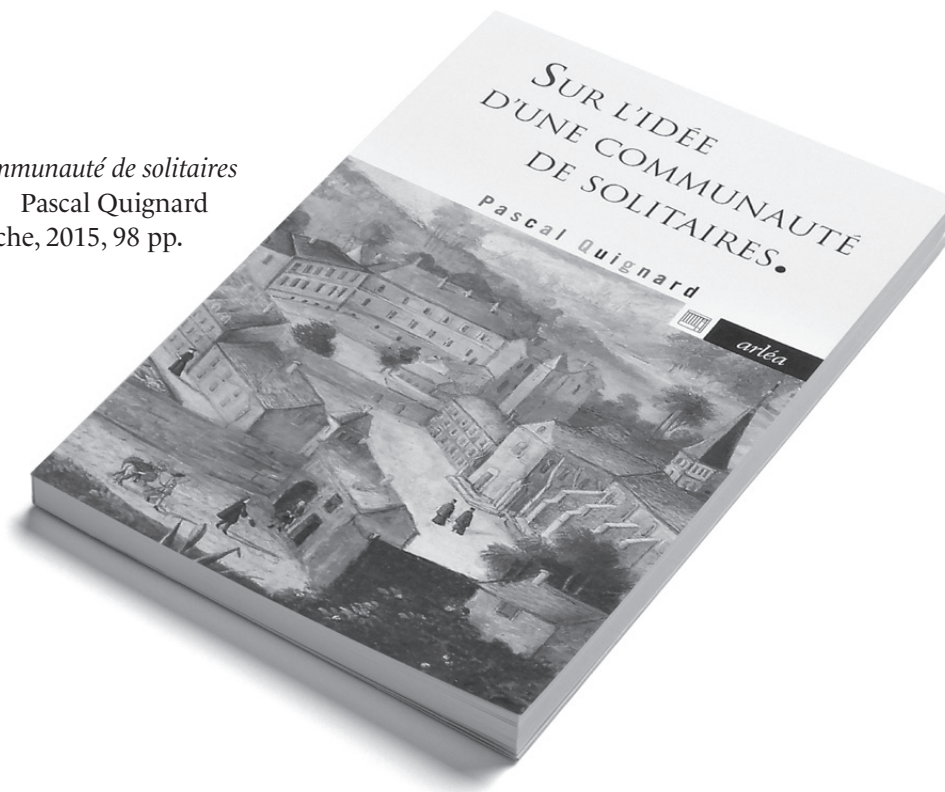
Sobre la idea de una comunidad de solitarios se trata en realidad de dos conferencias que Quignard ofreció en 2012 y 2014. La primera se llama “Las ruinas de Port Royal” y la segunda “Complemento a las ruinas”. La primera conferencia trata sobre “la comunidad de solitarios” que se estableció en la abadía francesa Port Royal des Champs; la segunda sobre el origen y significado de la palabra solitario. Sin embargo, la sola concepción de una comunidad de solitarios encierra una

paradoja, ya que viviendo en grupo ningún hombre es estrictamente un solitario. Quignard indaga la etimología de esta palabra. En el primer texto, el autor habla sobre personas que ha incluido en varios de sus libros. La característica principal es que se trata de hombres y mujeres que “han abandonado el camino”. Quignard escribe en esta primera conferencia retratos breves sobre George de la Tour, Gilberte Pascal (hermana del filósofo), Monsieur Blanrocher, Meaume, Saint Colombe (acaso uno de los personajes más entrañables soñados por la pluma de Quignard) y Monsieur de Pontchateau, todos ellos le han dicho no al mundo, todos ellos decidieron ser solitarios. En la segunda conferencia Quignard nos habla de su infancia transcurrida en Le Havre, un puerto de Normandía completamente destruido durante la Segunda Guerra Mundial: “Voy a cantar lo que está en ruinas. Todo lo que está en ruinas es en mí como un primer rostro” o “Tengo una deuda con las ruinas”.

Quignard extiende en esta conferencia el concepto de solitario: “Todos los que leen están solos en el mundo, con su único ejemplar. Forman la comunidad misteriosa de los lectores”. Los animales también son unos solitarios: “El animal salvaje es llamado de pronto a abandonarse, a precipitarse, siguiendo un persistente deseo enigmático, hacia un escondite que solo él conoce”. “Singular deseo obstinado de estar solo, de morir solo, que se remonta al tiempo anterior de las antiguas cavernas”.

El ritmo de la escritura de Quignard es pausado, casi susurrado (¿secuelas de su autismo infantil?, ¿rasgos de su preferencia por el silencio?), sus frases son cortas, su lenguaje está cargado de poesía, de algún modo él mismo lo dice

Sur l'idée d'une communauté de solitaires
Pascal Quignard
París, Arléa-Poche, 2015, 98 pp.



cuando confiesa: “no pienso por argumentos, pienso siempre por imágenes”.

Uno de los pasajes más hermosos de este libro dice así o menos lo siguiente:

Lo particular de Port Royal, para mí, es la invención apasionante —incluso si es difícil de aceptar por el espíritu— de una comunidad de solitarios. El sentido que le daban los jansenistas a la palabra solitario es tan bello como enigmático. Los solitarios designaban a los hombres de la sociedad civil, aristócratas o ricos burgueses, que optaban por los muros de los conventos (sus abstinencias, sus silencios, sus austeridades, sus cuidados, sus penitencias, sus lecturas), pero rechazaban unirse por medio de los votos. Eran consejeros del Estado, médicos, abogados, profesores, oficiales, grandes señores. Abandonaban la corte, caminaban veinte kilómetros hasta llegar a un bosque. Ahí podaban, limpiaban las pequeñas ciénagas, perpetuamente fangosas, que bordeaban la rivera y que minaban los cimientos de la capilla. Construyeron sus viviendas, del otro lado del muro, junto al monasterio en donde se habían ocultado de las mujeres que los admiraban, de las señoritas que lamentaban su reclusión, de las hermanas que los querían. No renunciaron al hábito de la cortesía. Utilizaban la palabra ‘señor’ para hablarse entre ellos e incluso para dirigirse a los niños que instruían. A todo le decían ‘señor’ como San Francisco decía ‘hermanos’ a los pájaros y a las hojas punzantes de las ortigas y a la nube que pasa y al sol que nace. No se guiaban por ninguna norma exterior, no obedecían a nadie, orgullosos —trabajadores, constructores, limpiadores de los pantanos y las tierras bajas— únicamente de su retiro del mundo, de su retiro salvaje. Grandes jardineros de su silencio. Estudiaban. No tuteaban a nadie. No tuteaban a Dios, ni a los niños, ni a los pobres, ni a los animales. Saludaban a

las cornejas, admiraban sus picos duros y negros y acariciaban a los gatos. En 1678 los últimos solitarios fueron obligados a abandonar la granja de los Grandes, bajo amenaza de ser encarcelados o quemados en la hoguera. En 1711 Port Royal fue arrasado por orden del rey Luis XIV, de manera ‘que no quedara piedra sobre piedra’. Luego, al final del otoño, cuando el frío era muy duro, cuando la tierra estaba cubierta de nieve, fueron abiertas las tumbas. Los perros hambrientos, los cuervos, las cornejas y los suricatos devoraron lo que quedaba de carne en los esqueletos de los santos que habían muerto. Devoraron a Racine. Devoraron al señor Hamon, su maestro. Los esqueletos fueron transportados en carreta hacia una fosa común, en el cementerio de la parroquia vecina de Saint Lambert, donde grabamos, durante toda una noche, doscientos cincuenta años más tarde, con Montse y Jordi, la música a partir de la cual yo había escrito un pequeño libro.

La relación entre música y escritura en la obra de Quignard es a todas luces visible. Quignard creció en una familia de músicos y fue director por muchos años del Festival de Música Barroca que se desarrollaba en Versalles, con el respaldo de François Mitterrand. De hecho, la primera conferencia que integra *Sobre la idea de una comunidad de solitarios* tiene como fondo la participación de un intérprete, amigo de Pascal Quignard. Allí menciona algunas partituras que lo han ayudado a concebir varios de sus libros, por ejemplo *Villa Amalia*, *Todas las mañanas del mundo* y *Las sombras errantes*: “Es sobre la línea melódica de las *Sombras errantes* (del músico François Couperin, siglo XVII) que concebí el primer tomo de *Último reino*”.